

San Luis Ma. Grignion de Montfort

**EL AMOR
DE LA SABIDURÍA
ETERNA**

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Impreso y encuadrernado en BINICROS, S.L.

Av. Catalunya, 130 Naves 15-16

08150 PARETS DEL VALLES (BARCELONA)

Printed in Spain

Con licencia eclesiástica

I.S.B.N. 84-7693-155-7

Dep. Legal B-23645-91

INTRODUCCIÓN

«Montfort ha escrito dos obras importantes: El amor de la Sabiduría eterna (=ASE) y el Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen. Esta última no es más que el magnífico comentario del capítulo XIV de la primera y su complemento indispensable. El ASE es un libro de capital importancia. Él y sólo él nos presenta la espiritualidad monfortiana en su conjunto...»

Estas palabras del P. Henri Huré —en la «Introducción» de la edición típica del ASE en 1929— señalan el comienzo de una mejor valoración de este escrito de Montfort, todavía poco conocido. Encierra éste amplias perspectivas y ricos contenidos que quedan aún por explorar.

A juzgar por el estado del manuscrito que ha llegado hasta nosotros, el autor trabajó probablemente durante toda su vida en la obra y la dejó a sus colaboradores, en 1715-1716, sin haber tenido tiempo de pulir la

redacción definitiva.¹ Lo esencial del ASE fue escrito, probablemente, en los años 1703-1704, cuando el Santo, lleno del pensamiento de la Sabiduría (cf. Cartas 15-17), tuvo la oportunidad de tratar el tema en unas conferencias que dio a los seminaristas de Poullart des Places,² en París.

Para componer el ASE, Montfort se inspira en algunos autores de la época, como Nepveu, Nouet, Bonnefons, Boudon y—sobre todo—en dos obras del jesuita Saint-Jure: De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu (1634) y L'homme spirituel (1685), de las cuales asimiló, en particular, la identificación de la Sabiduría con la persona de Cristo y el don o comunicación de ésta al hombre. Pero el autor sabe seleccionar, completar y reordenar el conjunto de datos según un modo y un estilo personales, donde podemos discernir también el eco de su propia experiencia (cf. ASE 51. 54. 73. 95. 100).

El interés por la Sabiduría surge en Montfort a raíz de una serie de acontecimientos que

¹ Cf. H. Frehen, en *Documentation montfortaine* (1968) n. 42 p. 9, 12.

² Cf. P. Eijckeler, en *Doc. montf.* (1968) n. 43 p. 69-70.

empiezan durante el período de su vida en el seminario de San Sulpicio de París. Inclinado a valorar la devoción mariana en la vida espiritual en la forma de donación completa o santa esclavitud, Luis María es acusado por sus condiscípulos de exageración e inversión de la escala de valores, en cuanto parecía «amar más a la Madre que al Hijo» (Blain). Para hacer frente a estas críticas, Montfort desplaza el centro de su interés de María hacia Cristo, subrayando, sin embargo, las profundas relaciones entre ambos. Estudiando a Jesucristo en las obras de Saint-Jure, descubre los Libros Sapienciales, que celebran la Sabiduría de Dios, y las cartas de san Pablo, que oponen la sabiduría del mundo a la de Cristo crucificado. Más tarde, la dolorosa situación de abandono por parte de sus amigos y formadores, de humillaciones, pobreza y desolante aridez interior (Joseph Grandet), le hace intuir experimentalmente que el seguimiento de Cristo implica la identificación con la cruz y que ésta constituye la verdadera Sabiduría: «En la amable cruz se halla encerrada la verdadera Sabiduría, que noche y día busco con más ardor que nunca» (Carta 13, del otoño de 1702).

En Poitiers, la intuición de Montfort se expresa en un símbolo: la cruz de la Sabiduría que coloca en la sala donde reúne a algunas jóvenes, minusválidas y despreciadas, primer esbozo de la futura congregación, «dedicada a la Sabiduría del Verbo encarnado para confundir la falsa sabiduría del mundo» (Grandet). La continua búsqueda de la Sabiduría culmina en el matrimonio místico, descrito en ASE 54, que el autor dice haber contraído en 1704: «En la nueva familia a la que ahora pertenezco estoy desposado con la Sabiduría y con la cruz» (Carta 20). En el famoso coloquio de 1714 con su amigo Blain, Montfort resume y justifica su propia vida, reclamándose del ejemplo de Cristo y de la sabiduría apostólica: «Otra es la sabiduría del misionero y del hombre apostólico... que tienen que procurar la gloria de Dios a expensas de la suya propia y emprender nuevos proyectos» (Blain).

El amor de la Sabiduría eterna marca todo el itinerario espiritual de Montfort, que alguien pudo definir como «un movimiento procesional ininterrumpido en pos de la cruz del Maestro de Sabiduría.»³

³ M. Quemeneur, *Saint L. -M. Grignion de Montfort* (París 1968) p. 8.

Al abrir el ASE, descubrimos en seguida la amplitud del cuadro donde el autor sitúa el estudio de la Sabiduría: una grandiosa visión de la historia de la Salvación que parte de la eternidad, desciende en el tiempo y asciende hasta los vértices de la glorificación celestial (ASE 14). Pero esta trayectoria no es un mero recurso académico; tiene por finalidad la asimilación de la Sabiduría en un clima de oración, de renuncia a la sabiduría mundana, de continua búsqueda y acogida, a ejemplo y bajo la guía de María (cf. ASE 181-222: Medios para alcanzar la divina Sabiduría).

En los demás autores espirituales, rara vez se presenta a Cristo como Sabiduría. Por eso es necesario explicitar los distintos significados que da Montfort a este vocablo, en una óptica original, pero profundamente bíblica (cf. 1 Co 1, 11-13; 2, 1-16; Ef 1, 7-17; St 1, 4-5; 3, 13-17). Dos sobresalen sobre los demás:⁴ la Sabiduría como persona, es decir, Jesucristo, y la sabiduría como don, es decir, la comunicación de Jesucristo a los hombres (ASE 13); conviene profundizar estas dos dimensiones, que interesan la cristología y la vida espiritual.

⁴ Cf. F. Texier, *La Sagesse selon St. L.-M. de Montfort*, en Doc. montf. (1963) n. 32 p. 1-5.

A) Cristo-Sabiduría

Al atribuir a Cristo el título de «Sabiduría», Montfort quiso destacar cuatro aspectos de su misterio, de acuerdo con la revelación bíblica:

1º Cristo como plenitud, o sea, la persona que «encierra en sí misma toda la plenitud de la divinidad y de la humanidad...» (ASE 9). El tema de Cristo, «tesoro infinito, propio del hombre» (ASE 62), ocupa en el ASE un lugar importante; es como el eje sobre el cual giran los capítulos III-VI y la premisa que fundamenta la decisión del hombre de buscar a la Sabiduría y entablar con Ella relaciones amistosas y hasta espousales (ASE 30. 59. 61. 63. 73. 132).

2º Cristo como Palabra reveladora y transformadora: «La Sabiduría divina es Palabra en la eternidad y en el tiempo, ha hablado siempre, y seguirá hablando hasta el fin de los tiempos, por boca de aquellos a quienes se comunique» (ASE 95). Ha venido del cielo «para revelarnos los secretos de Dios. Y no tenemos más maestro que esta Sabiduría encarnada que se llama Jesucristo» (ASE 56). Se entiende entonces por qué el autor incluye en el ASE un capítulo intitulado Principales

oráculos de la Sabiduría encarnada que es preciso creer y practicar para salvarnos (ASE 133-153).

3º Cristo como «Amor del Padre y del Espíritu Santo» (ASE 118), que se aproxima al hombre escogiendo no el camino del poder y de la gloria, sino el de la debilidad, del sufrimiento y, finalmente, del ocultamiento en el pan eucarístico (ASE 45. 70. 71. 167). Esta elección forma parte de un «gran designio» de la Sabiduría, cuyos caminos son «diferentes y distantes de los de los hombres, incluso de los más inteligentes» (ASE 167).

4º Cristo es llamado «Sabiduría» sobre todo por su relación con el misterio de la cruz. Como consecuencia de una elección voluntaria (ASE 164-168), la cruz viene a ser el momento culminante de la vida de Cristo (ASE 169-170), «el misterio más sublime de la Sabiduría eterna» (ASE 168). Montfort descubre una relación tan íntima entre la Sabiduría y la cruz, que llega a identificarlas: «¡La Sabiduría es la cruz, y la cruz es la Sabiduría!» (ASE 180).

B) La vida cristiana como sabiduría

De la consideración del misterio de Cristo-

Sabiduría, Montfort pasa a una visión sapiencial de la vida cristiana. Ésta se presenta como una búsqueda de Cristo y una unión continua con Él. En efecto, si Cristo —en cuanto Sabiduría— es un tesoro infinito para los hombres (ASE 15-50), dispuesto a ofrecerles la salvación integral (ASE 64-71), la única respuesta válida por parte de éstos consiste en desear y buscar este encuentro salvífico (ASE 30. 63. 72-73). Montfort resume esta dinámica en una fórmula lapidaria: «La Sabiduría es para el hombre, y el hombre para la Sabiduría» (ASE 64). Así, Cristo-Sabiduría viene a ser una interpelación a la libertad del hombre; es preciso optar por Él (ASE 59) y hacerle entrega irrevocable de nuestro corazón (ASE 132).

Pero la apertura a Cristo-Sabiduría implica la ruptura con la vana o falsa sabiduría del mundo (ASE 73. 199). Montfort nos impulsa a tomar las distancias respecto de la sabiduría terrestre, mundana y diabólica, erigida en ideal de la cultura de su tiempo (ASE 13. 75-88. 178-179). En una descripción notable desde el punto de vista psicosociológico, nos presenta al humanismo cerrado a lo sobrenatural y concretado en el ideal del «honnête homme»

del siglo (ASE 76-82.178). Montfort condena esta sabiduría mundana porque cierra el paso a la verdadera sabiduría (ASE 83). También mira con recelo la sabiduría de los filósofos y la de los cabalistas: son inútiles, peligrosas e inadecuadas para adquirir la verdadera Sabiduría: Jesucristo (ASE 83-89).

Una vez apartado el corazón de la falsa sabiduría, se abre el camino a la entrada de Cristo, que invade y transforma la vida del hombre mediante la comunicación de sus dones (ASE 90). Éstos confieren a la vida cristiana varias dimensiones, que podríamos resumir del modo siguiente:

1) Aspecto de conocimiento. El espíritu lúminoso de la Sabiduría transforma al cristiano en auténtico «gnóstico», es decir, en un hombre maduro que sabe juzgar y discernir los valores y el significado de los acontecimientos a nivel natural y sobrenatural (ASE 92). De modo particular, la Sabiduría comunica la ciencia de los santos (ASE 93).

2) Capacidad de comunicación. Es decir, la capacidad de irradiar la Sabiduría evangélica y de anunciar las maravillas de la obra de la salvación (ASE 95) mediante el don de la palabra divina (ASE 96), cuya fuente no es un

saber sacado de los libros, sino una efusión interior del Espíritu (ASE 97).

3) Experiencia de gozosa comunión, en cuanto que Cristo, amigo del hombre, rompe su soledad y le trae paz y alegría (ASE 98).

4) Transformación del dinamismo interior, porque Cristo-Sabiduría trae las virtudes y dones del Espíritu Santo, introduciendo un nuevo modo de obrar (ASE 99).

5) Actividad apostólica, como participación del dinamismo de la Sabiduría, que «no permite que quienes se honran con su amistad se adormilen en la tibieza y la negligencia. Les inflama e inspira grandes empresas por la gloria de Dios y la salvación de las almas» (ASE 100).

6) Componente de purificación, porque la Sabiduría, después de lanzar a sus amigos a la misión, los prueba de mil maneras en el crisol de la tribulación (ASE 101) para hacerlos más dignos de Ella. La cruz es inseparable de la vida del sabio, en cuanto camino rudo y dulce a la vez hacia la victoria (ASE 100. 103).

C) Los caminos de la Sabiduría

Entre los distintos medios para alcanzar la

Sabiduría (ASE 181-222), Montfort privilegia la devoción a María (ASE 203) y le atribuye una doble función: purificar el corazón humano para hacerlo digno de la Sabiduría y preservar al hombre de retornar a la sabiduría mundana.

Montfort presenta a María no como una realidad autónoma que se basta a sí misma, sino en su función dentro de la dinámica de acercamiento de la Sabiduría al hombre. Queriendo ésta ofrecer su amistad y sus dones, tiene que encontrar a personas dignas de aco- gerla: forma los santos y amigos de Dios (ASE 47); pero ninguno es capaz de atraerla a la tierra (ASE 104). Finalmente, en el tiempo establecido se construye una casa digna de sí misma —María—, en la cual se explaya el torrente impetuoso de la bondad de Dios (ASE 105-106). Ella responde con fidelidad (ASE 105), crece en gracia y sabiduría (ASE 107), y por la sublimidad de sus virtudes viene a ser «Madre, Señora y Trono de la Sabiduría» (ASE 204). Si sólo María es la creatura capaz de atraer a Cristo-Sabiduría, sólo quien la imita y recurre a Ella puede alcanzarla. Dar entrada a María en la propia casa mediante una consagración sin reserva equivale a ha-

cerse digna morada de la Sabiduría (ASE 210-212).

Pero no basta encontrar a Cristo; es preciso perseverar en la comunión con Él. Dada la inconstancia y fragilidad humana —puesta en evidencia en el ejemplo de Salomón—, Montfort percibe la necesidad de un suplemento de sabiduría, e indica en la consagración a la Santísima Virgen un medio de fidelidad y perseverancia: «Para ser —en cierto modo— más sabios que Salomón, coloquemos en manos de María cuanto poseemos...» (ASE 221). María es, en efecto, «la Virgen fiel a Dios y a los hombres» que nos preserva de perder la gracia y el «infinito tesoro de la Sabiduría» (ASE 222). Por ello, Montfort propone ahora su fórmula de «Consagración de sí mismo a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, por medio de María» (ASE 223-227).

El tema de la Sabiduría despierta hoy un renovado interés en los estudios bíblicos y teológicos.⁵ «Nuestra época —afirma el Conci-

⁵Cf. Equipo «Cahiers Évangiles», *En las raíces de la Sabiduría: Cuadernos Bíblicos n. 28* (Edit. Verbo Divino, 1980); Maurice Gilbert y Jean Noël Aletti, *La sabiduría y Jesucristo: Cuadernos Bíblicos n. 32 (con bibliografía)* (Ed. Verbo Divino, 1981).

lio Vaticano II—, más que los siglos anteriores, necesita esta sabiduría para que se hagan más humanas cuantas novedades se descubren por el hombre, pues peligra la suerte futura del mundo si no surgen hombres más llenos de sabiduría..» Montfort fue uno de estos «sabios»: encontró a Cristo-Sabiduría, y se consagró a Él para entender a Dios y al hombre (ASE 56) y realizar, en sí mismo y en los demás, el plan divino de la salvación, que mira a la felicidad del hombre.

INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

1. ORACIÓN A LA SABIDURÍA ETERNA¹

(1) ¡Oh Sabiduría eterna,
Reina de los cielos y de la tierra!
Postrado humildemente en tu presencia,
te ruego que perdones mi atrevimiento
al tratar de hablar de tus grandezas,
siendo como soy tan ignorante y criminal.
¡No mires, por favor,
las tinieblas de mi entendimiento
ni las impurezas de mis labios!
Y, si las miras, que sea solamente
para destruirlas con una mirada de tus
ojos
y el aliento de tu boca.
Posees tantas bellezas y dulzuras,
me has preservado de tantos peligros
y colmado de tantos favores...
Y, sin embargo,
¡eres tan desconocida y despreciada!

¹ Esta oración, con su título, es de san Luis María, y sirve de dedicatoria a la obra. La oración entera parece inspirada en Is 6, 1-6 y en Jr 1, 6.

¿Cómo podré callar entonces?
No sólo la justicia y el agradecimiento,
sino hasta mi propio interés,
me obligan a hablar de ti,
aunque balbuciendo como un niño.
Pero balbuciendo y todo,
quiero aprender a hablar correctamente
cuando llegue en ti a la madurez perfecta.²

(2) Puede parecer que no hay orden ni
concierto
en lo que escribo. Lo confieso.
Es que mi anhelo de poseerte es tan
grande,
que —como dice Salomón—
te busco por todas partes,
sin encontrar el camino.³
Quiero darte a conocer a todos.
Porque tú misma has prometido dar la vida
eterna
a cuantos esclarezcan
y manifiesten a los demás.
Acepta, pues, amable Soberana,
mi humilde balbucir

² Cf Ef 4, 13.

³ Sb 8, 18. En la obra de Montfort no falta orden; ver los números 7 y 14, donde el autor indica el plan del libro.

como si fuera un elocuente discurso.
Acepta los movimientos de mi pluma
como si fueran otros tantos pasos
que diera en busca tuya.
Derrama desde tu excelso trono
tantas luces y bendiciones
sobre cuanto quiero decir de ti y hacer por
ti,
que cuantos lo oigan
se sientan inflamados por un anhelo
renovado
de amarte y poseerte
en el tiempo y la eternidad.

2. AVISOS DE LA SABIDURÍA A LOS PRÍNCIPES Y PODEROSOS DE LA TIERRA (Sb 6)

- (3) (Mejor es la Sabiduría que la fuerza
El prudente vale más que el valiente.⁴)
1. *Escuchad, reyes, y entended;
aprendedlo, gobernantes del orbe hasta sus
confines;*
 2. *prestad atención los que domináis los
pueblos*

⁴ El autor sigue el texto y la numeración de la Vulgata. En la presente edición seguimos el texto y la numeración modernos y ponemos entre paréntesis los versículos que añade la Vulgata.

y alardeáis de multitud de súbditos:

3. el poder os viene del Señor,

y el mando, del Altísimo;

Él indagará vuestras obras

y explorará vuestras intenciones;

4. siendo ministros de su reino,

no gobernasteis rectamente,

ni guardasteis la ley,

ni procedisteis según la voluntad de Dios.

5. Repentino y estremecedor vendrá contra

vosotros,

porque a los encumbrados se los juzga

implacablemente.

6. A los más humildes se los compadece y

perdona,

pero los fuertes sufrirán una fuerte pena;

7. el Dueño de todo no se arredra,

no le impone la grandeza;

Él creó al pobre y al rico

y se preocupa por igual de todos,

8. pero a los poderosos les aguarda un

control riguroso.

9. Os lo digo a vosotros, soberanos,

a ver si aprendéis a ser sabios y no pecáis;

10. los que observan santamente su santa

voluntad

serán declarados santos;

los que se la aprendan encontrarán quien los defienda.

11. *Ansiad, pues, mis palabras; anheladlas, y recibiréis instrucción.*

(4) 12. *La Sabiduría es radiante e inmarcesible,*

la ven sin dificultad los que la aman,

y los que van buscándola la encuentran;

13. *ella misma se da a conocer a los que la desean.*

14. *Quien madruga por ella, no se cansa; la encuentra sentada a la puerta.*

15. *Meditar en ella es prudencia consumada;*

el que vela por ella,

pronto se ve libre de preocupaciones;

16. *ella misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen;*

los aborda benigna por los caminos

y les sale al paso en cada pensamiento.

17. *Su comienzo auténtico es un deseo de instrucción;*

18. *el afán por la instrucción es amor;*

el amor es la observancia de sus leyes;

la custodia de las leyes

es garantía de incorruptibilidad;

19. *la incorruptibilidad acerca a Dios;*

20. *por tanto, el deseo de la sabiduría
conduce al reino.*
21. *Así que, si os gustan los tronos y
los cetros,
soberanos de las naciones,
respetad la sabiduría y reinaréis
eternamente.*
(Amad la luz de la sabiduría
todos los que gobernáis a los pueblos.)
22. *Os voy a explicar lo que es la sabiduría
y cuál es su origen,
sin ocultaros ningún secreto;
me voy a remontar al comienzo de la
creación,
dándola a conocer claramente,
sin pasar por alto la verdad.*
23. *No haré el camino con la podrida
envidia,
que con la sabiduría ni se trata.*
24. *Muchedumbre de sabios salva al
mundo
y rey prudente da bienestar al pueblo.*
25. *Por tanto, dejaos instruir por mi
discurso,
y sacaréis provecho.*

3. REFLEXIONES DEL AUTOR

(5) No he querido, estimado lector, mezclar mis palabras insignificantes con la autoridad del Espíritu Santo. Permítome ahora las siguientes reflexiones:

1a. La Sabiduría es dulce, sencilla y atractiva, y, a la vez, luminosa, excelente y sublime. Convoca a los hombres para enseñarles los medios de ser felices: los busca, les sonríe, los colma de favores, se les anticipa de mil maneras, hasta sentarse a la puerta de sus casas para esperarlos y darles pruebas de su amistad. ¿Es posible tener corazón y negárse-lo a esta dulce conquistadora?

(6) 2a. ¡Qué desgracia la de los ricos y poderosos si no aman la Sabiduría! ¡Qué palabras tan aterradoras les dirige ella! ¡Imposible traducirlas a nuestro idioma! *Repentino y estremecedor vendrá contra vosotros, porque a los encumbrados se los juzga implacablemente... Los fuertes sufrirán una fuerte pena... A los poderosos los aguarda un control riguroso.*⁵

Añadamos también a estas palabras las

⁵ Sb 6, 5-8.

pronunciadas por la Sabiduría, o hechas decir por ella, a los ricos y poderosos después de la encarnación: *¡Ay de vosotros los ricos!*⁶ *Más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el Reino de Dios.*⁷

Estas últimas palabras fueron repetidas tantas veces por la divina Sabiduría durante su vida terrestre, que tres evangelistas las han referido sin diferencia alguna. Lo que debiera mover a los ricos a romper en llanto, lamentarse y gemir: *Vamos ahora con los ricos; llorad a gritos por la desgracia que se os viene encima.*⁸

Mas, ¡ay! Ellos tienen su consuelo en este mundo; hechizados como se hallan por los placeres y riquezas, no se dan cuenta de los peligros que penden sobre su cabeza.

(7) 3a. Salomón asegura que hace una descripción fiel y exacta de la Sabiduría: ni la envidia ni el orgullo —contrarios a la caridad— le impedirán comunicar la ciencia que el cielo le ha dado. No teme, por lo mismo, que

⁶ Lc 6, 24.

⁷ Mt 19, 24.

⁸ St 5, 1.

otros puedan llegar a igualarlo o superarlo en dicho conocimiento.⁹

A ejemplo de este gran hombre, voy a tratar de explicar lo que es la Sabiduría antes de la encarnación, durante la encarnación y después de ella, y los medios para alcanzarla y conservarla.

Pero no teniendo tanta ciencia ni tantas luces como él, tampoco debo temer tanto la envidia y el orgullo cuanto mi incapacidad e ignorancia. ¡Te ruego, pues, que me soportes y disculpes con caridad!

⁹ Sb 6, 24-26.

CAPÍTULO I¹

Para amar y buscar a la Sabiduría es necesario conocerla

1. NECESIDAD DE CONOCER A LA DIVINA SABIDURÍA

(8) ¿Se puede, acaso, amar lo que no se conoce? ¿Se puede amar ardientemente lo que sólo se conoce imperfectamente?

¿Por qué es tan poco amada la Sabiduría eterna y encarnada, el adorable Jesús? ¡Porque poco o nada se la conoce! Apenas si hay alguien que estudie como es debido —junto con el Apóstol—² la sobreeminente ciencia de Jesucristo, la más noble, útil y necesaria de todas las ciencias y conocimientos del cielo y de la tierra.

(9) 1º Es, ante todo, la ciencia más noble. Efectivamente, tiene por objeto lo más noble y

¹ En este capítulo, especialmente en los números 8-12, Montfort resume a Saint-Jure, *De la connaissance et l'amour du Fils de Dieu, Notre-Seigneur Jésus-Christ* 1. 1 c. 3 n. 2. 3.

² Cf. Ef 3, 19.

sublime, a saber: la Sabiduría increada y encarnada, que encierra en sí misma toda la plenitud de la divinidad y de la humanidad, todo lo grandioso que hay en el cielo y en la tierra, todas las criaturas visibles e invisibles, espirituales y corporales.

Dice san Juan Crisóstomo que Nuestro Señor es un compendio de las obras divinas, una síntesis de todas las perfecciones de Dios y de las criaturas.

«Jesucristo, Sabiduría eterna, es todo cuanto puedes y debes desear. Anhela poseerlo. Corre en busca suya. Él es, en efecto, la perla incomparable y preciosa por cuya adquisición no debes temer vender todos tus bienes.»³

*Quien quiera gloriarse, que se glorie de esto: de conocer y comprender que soy el Señor.*⁴ Que no se alabe el sabio por su sabiduría, ni el fuerte por su fuerza, ni el rico por sus riquezas. El que se alabe, gloríese en conocerme y no en conocer otras cosas.

(10) 2º Nada tan dulce como el conocimiento de la Sabiduría divina. ¡Dichosos quienes la

³ San Bernardo, *Vita Mystica seu de Passione Domini* c. 22 n. 75.

⁴ Jr 9, 23-24.

escuchan! ¡Más dichosos quienes la desean y la buscan! Pero ¡mucho más dichosos los que andan por sus caminos y saborean en su corazón esa dulzura infinita que constituye el gozo y felicidad del Padre y la gloria de los ángeles!

Si conociéramos la dicha interior que significa conocer la belleza de la Sabiduría, alimentarse a los pechos del Padre,⁵ exclamaríamos con la esposa del Cantar de los Cantares: *Son mejores que el vino tus amores.*⁶ La leche de tus pechos es más dulce que vino delicioso y que todas las dulzuras de las cosas creadas, sobre todo cuando dirige a las almas que la contemplan estas palabras: *Gustad y ved...*⁷ *Comed y bebed y embriagaos*⁸ de mis dulzuras, pues su trato no desazona, su intimidad no deprime, sino que regocija y alegra.⁹

(11) 3º Este conocimiento es también el más útil y necesario, porque la vida eterna consiste en conocer al Padre y a su Hijo

⁵ «*Mamilla Patris*»: la expresión se encuentra en Clemente de Alejandría, *Paedagogus* I c. 6.

⁶ Ct 1, 1.

⁷ Sal 34 (33), 9.

⁸ Ct 5,1

⁹ Sb 8, 16.

Jesucristo.¹⁰

Conocerte a ti —dice el autor sagrado dirigiéndose a la Sabiduría— *es justicia perfecta y acatar tu poder es la raíz de la inmortalidad.*¹¹

¿Quieres, pues, realmente la vida eterna? —Consigue el conocimiento de la Sabiduría eterna.

¿Quieres alcanzar la santidad perfecta en este mundo? —Conoce la Sabiduría.

¿Quieres plantar en tu corazón la raíz de la inmortalidad? —Adquiere el conocimiento de la Sabiduría.

Conocer a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saber lo suficiente. Saberlo todo, pero no conocerlo a Él, es no saber nada.¹²

(12) ¿De qué sirve al arquero saber tirar flechas en los lados del blanco, si no sabe tirarlas al propio centro? ¿De qué nos servirán todas las otras ciencias necesarias a la salvación, si carecemos de la de Jesucristo, única necesaria, centro y fin de todas ellas?

¹⁰ Cf. Jn 17, 3.

¹¹ Sb 15, 3.

¹² Adaptación de un texto de san Agustín, *Confesiones* 5 c. 4 n. 7.

Aunque el Apóstol de las gentes sabía muchas cosas y era muy versado en las letras humanas, confesaba que sólo quería saber a Jesucristo crucificado. *Con vosotros decidí ignorarlo todo, excepto a Jesús el Mesías, y a éste crucificado.*¹³

Digamos, pues, con él: *Todo eso que para mí era ganancia, lo tuve por pérdida comparado con el Mesías; más aún: cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente al Mesías, Jesús mi Señor.*¹⁴

Veo y experimento ahora que esta ciencia es tan excelente, deliciosa, provechosa y admirable, que ya no tengo en cuenta las demás. Aquellas que en otro tiempo me habían agrado tanto, ahora me parecen tan vacías y ridículas, que entretenerte en ellas sería perder el tiempo. *Os digo esto para que nadie os desoriente por discursos capciosos... cuidado con que haya alguno que os capture con este sistema de vida.*¹⁵ Os digo que Jesucristo es el abismo de todas las ciencias, a fin

¹³ 1 Co 2, 2.

¹⁴ Flp 3, 7-8.

¹⁵ Col 2, 4, 8.

de que no os dejéis seducir por los hermosos y magníficos discursos de los oradores ni por los sofismas tan engañosos de los filósofos. *Creced en el favor y el conocimiento de Nuestro Señor Jesús el Mesías.*¹⁶

¡Bien! A fin de que todos crezcamos en la gracia y conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, Sabiduría encarnada, trataremos de Él en los capítulos siguientes, después de distinguir diversas clases de sabiduría.

2. DEFINICIÓN Y DIVISIÓN DEL ARGUMENTO

(13) Si nos atenemos al sentido del término, «sabiduría» quiere decir «ciencia sabrosa», o sea, el gusto de Dios y de su verdad.¹⁷

Hay varias clases de sabiduría:

En primer lugar, distingamos la sabiduría verdadera de la falsa. La verdadera es el gusto de la verdad sin mentira ni disfraz. La falsa es

¹⁶ 2 P 3, 18.

¹⁷ La explicación *sabiduría = ciencia sabrosa*, que hace derivar «sabiduría» de «saber», se basa en una etimología popular dudosa. Se encuentra ya en san Isidoro, *Etym.* 10; en santo Tomás, *S. Th.* I q. 43 a. 5 ad 2; en san Bernardo, *Sermo 85 in Cant.* n. 8, 9

el gusto de la mentira con apariencias de verdad.

La falsa es la sabiduría o prudencia humana. A la que el Espíritu Santo divide en terrena, carnal y diabólica.¹⁸

La verdadera sabiduría se divide en natural y sobrenatural.

La natural es el conocimiento de las cosas naturales en sus últimos principios. La sobrenatural es el conocimiento de las cosas sobrenaturales y divinas en su propio origen.

La sabiduría sobrenatural se divide en sustancial e increada y en accidental y creada. La sabiduría accidental y creada es la comunicación que hace de sí misma a los hombres la Sabiduría increada; en otras palabras: es el don de sabiduría. La sabiduría sustancial e increada, a su vez, es el Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad, es decir, la Sabiduría eterna en la eternidad y Jesucristo en el tiempo.

Hablaremos de esta Sabiduría eterna.

(14) La contemplaremos, subiendo hasta su origen en la eternidad, en el seno del Padre, como objeto de sus complacencias.

¹⁸ Cf. St 3, 15.

La veremos brillar en el tiempo, durante la creación del universo.

Luego la contemplaremos anonadada en su encarnación y vida mortal y, por último, la encontraremos gloriosa y triunfante en el cielo.

Terminaremos nuestro estudio examinando los medios necesarios para adquirirla y conservarla.

Dejo, pues, a los filósofos los argumentos de su ciencia. Son inútiles. Y dejo a los alquimistas los secretos de su sabiduría mundana.

Con los hombres hechos, sin embargo, exponemos un saber; pero no un saber del mundo este...¹⁹

Hablaré, pues, a las almas perfectas y predestinadas de la verdadera sabiduría, de la Sabiduría eterna, increada y encarnada.

CAPÍTULO II

Origen y excelencia de la Sabiduría eterna

(15) Aquí es preciso exclamar con san

¹⁹ 1 Co 2, 6.

Pablo: *¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios!*¹ *Su generación, ¿quién la contará?*² ¿Habrá un ángel tan iluminado, un hombre tan atrevido, que intente narrar como conviene el origen de la Sabiduría?

Aquí es preciso cerrar los ojos para no quedar deslumbrado ante luz tan viva y resplandeciente.

Aquí es preciso que enmudezca toda lengua para no empañar tan acabada hermosura al tratar de darla a conocer.

Aquí es preciso que todo espíritu se anonde y adore, temeroso de verse oprimido por el peso inmenso de gloria de la divina Sabiduría al intentar sondearla.

1. LA SABIDURÍA DIVINA EN RELACIÓN CON EL PADRE

(16) Sin embargo, ésta es la idea que de ella nos ofrece el Espíritu Santo —adaptándose a nuestra debilidad— en el libro de la Sabiduría

¹ Rm 11, 33.

² Cf. Is 53, 8, que, basados en el texto griego y latino, aplican los Padres de la Iglesia a la generación del Verbo y a la concepción virginal del Señor.

escrito para nosotros: la Sabiduría eterna es *efluvio del poder divino, emanación purísima de la gloria del Omnipotente. Por eso nada inmundo se le pega. Es reflejo de la luz eterna, espejo nítido de la actividad de Dios e imagen de su bondad.*³

(17) Es la idea sustancial y eterna de la divina belleza, manifestada a san Juan Evangelista en el éxtasis maravilloso de la isla de Patmos cuando exclamó: *Al principio ya existía la Palabra —el Hijo de Dios o la Sabiduría eterna— la Palabra se dirigía a Dios, y la Palabra era Dios.*⁴

(18) En diversos pasajes de los libros salomónicos se habla de ella cuando se lee que la Sabiduría fue creada o, mejor, engendrada desde el principio, antes que todas las cosas y todos los tiempos.

Ella dice de sí misma: *Desde el principio me tiene formada, desde el comienzo, antes de la tierra. Cuando no existía el abismo... ya estaba.*⁵

(19) En esta belleza soberana encontró el

³ Sb 7, 25-26.

⁴ Jn 1, 1.

⁵ Pr 8, 23-24.

Padre sus complacencias en la eternidad y en el tiempo. Así lo afirmó Él mismo el día del bautismo y de la transfiguración de Cristo: *Éste es mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto.*⁶

Ella es aquella claridad luminosa e incomprendible, parte de cuyos rayos penetraron a los apóstoles, transportándolos en éxtasis durante la transfiguración: «(Ella) es una realidad noble, sublime, inmensa, infinita y más antigua que el universo.»⁷

Si no hallo palabras con las cuales expresar la ínfima idea que me he formado de esta belleza y dulzura soberanas —aun cuando esta idea esté muy por debajo de la realidad—, ¿quién podrá hacerse de ella una idea exacta y explicarla como conviene? ¡Solamente tú, Dios soberano! ¡Porque sabes qué es ella! Y puedes revelarla a quien tú quieras.⁸

2. ACCIÓN DE LA SABIDURÍA EN LAS ALMAS

(20) La Sabiduría se define a sí misma,

⁶ Mt 3, 17.

⁷ Del antiguo oficio de la Transfiguración (himno de las primeras vísperas, estr. 2).

⁸ Cf. Mt 11, 27; Lc 10, 22.

sobre todo considerando sus efectos y acción en las almas.⁹ No mezclaré mis mezquinas palabras con las suyas para no disminuir su esplendor y sublimidad.

1. *La Sabiduría se alaba a sí misma,
se gloria en medio de su pueblo;*

2. *abre la boca en la asamblea de Dios
y se gloria delante de sus potestades.*

(Será ensalzada en medio de su pueblo,
y admirada en la plena congregación de los
santos,

y recibirá alabanzas de la muchedumbre de
los escogidos,

y será bendita entre los benditos y dirá:)

(21) 3. *Yo salí de la boca del Altísimo
y como niebla cubrí la tierra.*

(Yo hice nacer en los cielos la luz
indeficiente y)

4. *habité en el cielo*

con mi trono sobre columnas de nubes;

5. *yo sola rodeé el arco del cielo*

y paseé por la hondura del abismo;

6. *regí las olas del mar y los continentes*

⁹ La Sabiduría narra su origen y su historia. El autor sagrado identifica la Sabiduría con la ley de Israel (v. 32). El texto fue aplicado en la liturgia a la Santísima Virgen.

y todos los pueblos y naciones.

(22) 7. *Por todas partes busqué descanso
y una heredad donde habitar.*

(23) 8. *Entonces, el creador del universo me
ordenó,*

el Creador estableció mi morada:

«Habita en Jacob, sea Israel tu heredad.»

(24) 9. *Desde el principio, antes de los siglos
me creó,*

y no cesaré jamás.

10. *En la santa morada, en su presencia
ofrecí culto*

y en Sión me establecí;

11. *en la ciudad escogida me hizo
descansar,*

en Jerusalén reside mi poder.

(25) 12. *Eché raíces entre un pueblo
glorioso,*

en la porción del Señor, en su heredad.

13. *Crecí como cedro del Líbano*

y como ciprés del monte Hermón;

14. *crecí como palmera en Engadí y como
rosal de Jericó,*

como olivo crecí en la pradera

y como plátano junto al agua.

15. *Perfumé como cinamomo y espliego
y di aroma como mirra exquisita,*

*como incienso, y ámbar, y bálsamo,
como perfume de incienso en el santuario.*

16. *Como terebinto extendí mis raíces,
un ramaje bello y frondoso;*

17. *como vid hermosa retoñé;
mis frutos y flores son bellos y abundantes.*

(26) (Yo soy la madre del amor hermoso,
y del temor, y de la ciencia,
y de la santa esperanza;

en mí toda gracia y el camino de la verdad;
en mí, toda la esperanza de vida y virtud.)

(27) 18. *Venid a mí los que me amáis
y saciaos de mis frutos;*

20. *mi nombre es más dulce que la miel,
y mi herencia, mejor que los panales.*

(Se hará memoria de mí en toda la serie de
los siglos.)

(28) 21. *El que me come tendrá más
hambre,*

el que me bebe tendrá más sed,

22. el que me escucha no fracasará,

el que me pone en práctica no pecará.

(Los que me esclarezcan tendrán la vida
eterna.)

23. *Todo esto es el libro de vida,*

la alianza con el Dios Altísimo

y el conocimiento de la verdad (Si 24, 1-

32).¹⁰

(29) Todos estos árboles y plantas a las cuales se compara la Sabiduría, y que poseen frutos y cualidades tan diferentes, simbolizan la gran variedad de estados, funciones y virtudes que produce en las almas.

Éstas son como *cedros*, por la elevación de sus corazones hacia el cielo; como *cipreses*, por la meditación continua de la muerte; como *palmeras*, por la humildad en soportar sus fatigas; como *rosales*, por el martirio y efusión de su sangre; como *plátanos* al borde de las aguas; como *terebintos*, que extienden sus ramas a lo lejos, por la dilatación de su caridad para con el prójimo; como *plantas olorosas* (el bálsamo, la mirra, etc.), por la vida apartada y el deseo de ser más conocidos de Dios que de los hombres.

(30) Después de haberse manifestado como madre y manantial de todos los bienes, la Sabiduría exhorta a todos los hombres a dejarlo todo para desearla solamente a ella. Pues no se da —en expresión de san Agustín—¹¹ sino a quienes la buscan y desean con

¹⁰ Los pasajes entre paréntesis son del texto largo adoptado por la Vulgata y seguido por Montfort.

¹¹ San Agustín, *De moribus Ecclesiae catholicae* I c. 17 n. 31.

el ardor que merece realidad tan maravillosa.

En los versículos 30 y 31,¹² la divina Sabiduría indica tres grados de piedad. El tercero de los cuales constituye la perfección. Son:

1º Escuchar a Dios con humilde aceptación;

2º obrar en Él y por Él con perseverante fidelidad;

3º adquirir la luz y unción necesarias para inflamar a los demás en el amor a la Sabiduría y conducirlos a la vida eterna.

CAPÍTULO III

Maravillas del poder de la Sabiduría divina en la creación del mundo y del hombre

1. EN LA CREACIÓN DEL MUNDO

(31) La Sabiduría eterna comenzó a brillar fuera del seno de Dios cuando —después de toda eternidad— creó la luz, el cielo y la tierra.

Dice san Juan que *todo fue hecho por el Verbo*,¹ es decir, por la Sabiduría eterna. Salo-

¹² Según la numeración de la Vulgata; cf. ASE 28.

¹ Jn 1, 3.

món, a su vez, la define como *madre y artífice de todas las cosas*.² Nótese bien que no la llama solamente *artífice* del universo, sino *madre* suya. Porque el *artífice* no ama ni cuida su obra como lo hace la madre con su hijo.

(32) Después de crear todas las cosas, la Sabiduría permanece en ellas para *contenerlas*,³ sostenerlas y *renovarlas*.⁴ Esta belleza soberanamente recta, después de crear el mundo, estableció el orden maravilloso que reina en él. Escogió, organizó, sopesó, añadió y contó cuanto hay en él.

Extendió los cielos, colocó ordenadamente el Sol, la Luna, las estrellas y los planetas, estableció los fundamentos de la tierra, fijó límites y leyes al mar y a los abismos, moldeó las montañas: lo pesó y equilibró todo, hasta las mismas fuentes.

Finalmente —dice ella misma—, yo estaba junto a Dios y dictaba leyes con precisión tan perfecta y con variedad tan agradable a la vez, que todo era como un juego con el cual me divertía y complacía a mi Padre.⁵

² Sb 7, 12, 21.

³ Sb 1, 7.

⁴ Sb 7, 27.

⁵ Cf. Pr 8, 30-31.

(33) Efectivamente, este inefable juego de la Sabiduría de Dios puede verse en las diferentes criaturas con que pobló el universo.

Porque, sin hablar de las distintas especies de ángeles —casi infinitas en número—, ni del tamaño diferente de los astros, ni de la desigualdad de los temperamentos humanos, ¡qué admirables cambios no vemos en las estaciones y los tiempos! ¡Qué variedad de instintos en los animales! ¡Qué diversidad de especies en las plantas, de hermosura en las flores y sabor en los frutos! *El que es sabio comprenderá.*⁶ ¿A quién se ha manifestado la Sabiduría? Pues solamente él comprenderá estos misterios de la naturaleza.

(34) La Sabiduría ha revelado estos misterios a los santos, como leemos en sus biografías. Por ello, a veces se maravillaban tanto al contemplar la belleza, suavidad y orden colocados por la divina Sabiduría en las cosas más pequeñas, tales como las abejas, las hormigas, la espiga de trigo, una flor, un gusanillo de tierra, que quedaban arrobados y extasiados ante ellas.

⁶ Os 14, 10; cf. Sal 107 (106), 43.

2. EN LA CREACIÓN DEL HOMBRE

(35) Si el poder y dulzura de la Sabiduría eterna han brillado tanto en la creación, belleza y orden del universo, han fulgurado mucho más en la creación del hombre. Éste, en efecto, constituye su obra maestra, la imagen viviente de su belleza y perfecciones, el vaso maravilloso de sus gracias, el tesoro admirable de sus riquezas y su único lugarteniente sobre la tierra: *Tú que por tu Sabiduría formaste al hombre para que dominara las criaturas salidas de tus manos.*⁷

(36) Para gloria de este maravilloso y poderozo artista, sería preciso explicar aquí la belleza y excelencia originales que el hombre recibió de ella en su creación. Pero el pecado infinito que éste cometió⁸ —cuyas tinieblas y manchas recayeron también sobre mí, miserable hijo de Eva— ha entenebrecido de tal manera mi entendimiento, que sólo puedo hablar de ella con tremenda imperfección.

(37) Hizo —por decirlo así— una copia o imagen resplandeciente de su inteligencia, de

⁷ Sb 9, 2.

⁸ Santo Tomás, *S. Th.* I-II q. 87 a. 4.

su memoria y voluntad para infundirla en el alma del hombre, para que éste fuera un vivo retrato de la divinidad.⁹ Encendió en su corazón la hoguera del amor puro de Dios. Formó para él un cuerpo totalmente luminoso, y encerró en él, como en síntesis, las múltiples perfecciones de los ángeles, de los animales y de las demás criaturas.

(38) Todo en el hombre era luminoso, sin tinieblas; hermoso, sin fealdad; puro, sin mancha alguna; armonioso, sin desorden ni defecto o imperfección. Tenía en la inteligencia la luz de la Sabiduría como patrimonio para conocer con perfección a su Creador y a las criaturas. Tenía en el alma la gracia de Dios para ser inocente y agradar al Altísimo. Estaba dotado de inmortalidad en el cuerpo. Ardía en su corazón el amor puro de Dios —sin temor a la muerte— y amaba a Dios continuamente y por Él mismo, sin interrupción ni segundas intenciones. Por último, era tan divino, que vivía constantemente fuera de sí mismo, arrobase en Dios, sin pasiones que vencer ni enemigos que combatir.

¡Oh generosidad de la Sabiduría eterna

⁹ Gn 1, 26.

para con el hombre! ¡Oh feliz estado el del hombre en la inocencia!

(39) Pero ¡oh desgracia suprema!... ¡Este vaso de Dios se quiebra en mil pedazos! ¡La hermosa estrella cae por tierra! ¡El radiante sol se cubre de fango! ¡El hombre peca, y al pecar pierde su sabiduría, inocencia, hermosura e inmortalidad! En una palabra: ¡pierde todos los bienes recibidos, mientras lo asalta infinidad de males!

Su inteligencia queda embotada y entenebrecida: ya no puede ver nada; su corazón se vuelve de hielo para con Dios: ya no lo ama; su alma queda ennegrecida por el pecado: se asemeja al demonio. Surgen desordenadas las pasiones: ya no es dueño de ellas; no le queda otra compañía que la del demonio: se ha convertido en morada y esclavo suyo. Las criaturas se rebelan y le hacen la guerra.

¡En un momento, el hombre se ha convertido en esclavo del demonio, objeto de la ira divina¹⁰ y víctima del infierno!

Se encuentra tan repugnante a sí mismo, que —avergonzado— corre a esconderse. Se siente maldecido y condenado a muerte. Se ve

¹⁰ Ef 2, 3.

arrojado del paraíso terrenal y pierde su derecho al cielo. Se ve condenado a llevar una vida carente de esperanza y felicidad y llena de desgracias en esta tierra maldita. Tendrá que morir como un criminal. Después de la muerte será condenado —como el diablo— en cuerpo y alma por la eternidad. ¡Y todo esto para él y su descendencia!¹¹

Tal fue la espantosa desgracia en que se precipitó el hombre al pecar. Tal la justa sentencia que la justicia divina pronunció contra él.

(40) En semejante estado, la situación de Adán parece desesperada: ni los ángeles ni las criaturas pueden ayudarlo. Nada es capaz de redimirlo, porque era demasiado bello y perfecto en su creación, y a consecuencia del pecado quedaba demasiado asqueroso y repugnante. Se ve arrojado del paraíso y de la presencia de Dios. Tiene conciencia de que la justicia de Dios lo perseguirá a él y a toda su descendencia. Ve que se le cierra el cielo y se le abre el infierno, sin que nadie pueda abrirle el primero y cerrarle el segundo.

¹¹ Aquí se hace abstracción de la obra redentora. Vemos al hombre abandonado a sí mismo.

CAPÍTULO IV

Prodigios de la bondad y misericordia de la Sabiduría eterna antes de la encarnación

(41) La Sabiduría eterna se commueve vivamente ante la desgracia del pobre Adán y de todos sus descendientes, contempla con sumo dolor su vaso de honor hecho pedazos, destrozado su retrato, destruida su obra maestra, derribado por tierra su lugarteniente.

Tiende amorosamente el oído a sus gemidos y clamores. Mira compasivamente el sudor de su frente, las lágrimas de sus ojos, la fatiga de sus brazos, el dolor de su alma y la aflicción de su corazón.

1. EL DECRETO DE LA ENCARNACIÓN

(42) Me parece ver —por decirlo así— a esta amable Soberana convocando y reuniendo por segunda vez a la Santísima Trinidad para decidir la restauración del hombre, como lo había hecho cuando la creación.¹ Y me imagino que en este magno consejo se desencadena una especie de combate entre la Sabiduría

¹ Cf. Gn 1, 26.

eterna y la justicia de Dios.²

(43) Me parece oír a la Sabiduría, que en la causa del hombre reconoce que realmente éste y su posteridad merecen ser condenados eternamente con los ángeles rebeldes a causa de su pecado. Pero que es preciso compadecerse de él, porque su pecado obedece más a debilidad e ignorancia que a malicia. Observa, por una parte, que es gran lástima que una obra maestra tan bien lograda permanezca para siempre esclavizada al enemigo y que millones de hombres se vean para siempre condenados por el pecado de uno solo. Muestra, por otra parte, los tronos vacíos del cielo por la caída de los ángeles apóstatas, y que sería bien llenar de nuevo. E indica la gloria inmensa que Dios recibirá en el tiempo y la eternidad, si se salva al hombre.

(44) Paréceme oír a la Justicia contestando que la sentencia de muerte y condenación eterna está dictada contra el hombre y su posteridad, y debe ejecutarse sin remisión ni

² La idea de semejante combate entre la Justicia y la Misericordia divinas para decretar la encarnación es frecuente en los autores anteriores a Montfort, quien concretamente ha podido tomarla de Poiré.

misericordia, como lo fue la dictada contra Lucifer y sus secuaces; que el hombre es un ingrato después de los beneficios que había recibido; que, habiendo seguido al demonio en la desobediencia y el orgullo, debe también acompañarlo en el castigo, porque el pecado debe ser castigado.

(45) Viendo la Sabiduría eterna que nadie en el universo era capaz de expiar el pecado del hombre, satisfacer a la justicia y aplacar la ira divina, y queriendo al mismo tiempo salvar al desventurado, a quien amaba por naturaleza, halla un medio admirable.

¡Proceder asombroso! ¡Amor incomprendible llevado hasta el extremo! La amable y soberana Princesa se ofrece ella misma en holocausto al Padre para satisfacer su justicia, aplacar su cólera, liberarnos de la esclavitud del demonio y de las llamas del infierno y merecernos una eternidad feliz.

(46) Su oferta es aceptada; la decisión, tomada y decretada: la Sabiduría eterna, es decir, el Hijo de Dios, se hará hombre en el momento oportuno y en las circunstancias señaladas.

Durante los cuatro mil años aproximadamente que transcurrieron desde la creación y

el pecado de Adán hasta la encarnación de la divina Sabiduría, Adán y sus descendientes murieron, conforme a la ley dictada contra ellos por Dios. Pero, en previsión de la encarnación del Hijo de Dios, recibieron gracias para obedecer a los mandamientos y hacer digna penitencia en caso de transgresión, y, si murieron en gracia y amistad con Dios, sus almas descendieron al limbo a esperar que su Salvador y Libertador les abriera las puertas del cielo.

2. DURANTE EL TIEMPO ANTERIOR A LA ENCARNACIÓN

(47) Durante el tiempo que precedió a la encarnación, la Sabiduría eterna testimonió de mil maneras a los hombres la amistad que les tenía y su anhelo de comunicarles sus beneficios y dialogar con ellos: *Mi deleite está con los hijos de los hombres.*³ *Ella misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen,*⁴ esto es, a personas dignas de su amistad, dignas de sus tesoros, dignas de su persona. Se ha difundido por diversas naciones en las

³ Pr 8, 31.

⁴ Sh 6, 17.